

El Via Crucis en el mundo actual

HNA. ELENA

El Vía Crucis es una de las oraciones más arraigadas en la piedad popular, especialmente en el tiempo de cuaresma. En esta plegaria, se nos invita a contemplar el camino de Jesús hacia la cruz.

El camino de Jesús es un camino de *Pasión*. *Pasión* porque en Él se nos revela el amor apasionado de Jesús de Nazaret. *Pasión* que supera todos los límites, por su autenticidad y por su solidaridad hacia todos los hombres. *Pasión* que se convierte en “compasión” hacia todos los que son víctimas del MAL (con mayúsculas), que hubo y hay en nuestro mundo. “Compasión” que alcanza su último hito en el momento supremo, en el que Aquel que pasó por el mundo “haciendo el bien”, muere con los brazos extendidos; perdonando a sus enemigos y poniendo su confianza en Dios su Padre,

que lo sostuvo a Él, y sostiene a todas las víctimas actuales.

En cada estación del Vía Crucis hay un protagonista: Jesús de Nazaret. Y... junto a Él, toda una serie de personajes, actores secundarios, pero necesarios en este drama. Cuando nosotros vamos caminando y leyendo el texto en cada una de las estaciones, nos hemos de preguntar: *¿con quién me identifico?*

Examinemos algunos personajes. Unos tienen parte activa, los que piden la muerte, los que mandan hacer efectiva la ejecución, los que... como Pilatos, acceden por no perder su cargo. La presencia de Jesús les es insostenible, prefieren matarlo que quedar cuestionados por la Verdad. No nos es difícil identificarlos, hoy son los que rigen una economía o una política que esté a su servicio y no al ser-

vicio de la mayoría de la humanidad. Nadie ni nada se les puede oponer.

Otros son los que se limitan a cumplir órdenes, no se cuestionan nada, “manda quien manda”, y no quieren ver que ellos con su silencio, son cómplices del mal. Prefieren una vida tranquila. La muerte del inocente no es su problema.

Hay los que manifiestan su compasión y desde su impotencia consuelan y ayudan. Las mujeres de Jerusalén, la Verónica, ejemplarizan a tantos hombres y mujeres que lloran, pero se ven impotentes para poner fin al drama.

En la Cruz encontramos a unas mujeres, que con su presencia dicen más que mil palabras. Ellas desafiando a todo el mundo, manifiestan su oposición. Aparentemente no hacen nada, pero todos recordamos veinte siglos después, su nombre. Desconocemos los nombres de los ejecutores.

Y por último María, al pie de la Cruz acogiendo a su Hijo muerto, llorando. Lágrimas que son semejantes a las de tantas madres, que lloran por sus hijos que inocentemente han sido perseguidos y masacrados.

El Vía Crucis termina en el sepulcro, pero un sepulcro que pronto quedará vacío. En el sepulcro se ha enterrado el grano de trigo. Un grano que florecerá y dará fruto: **la Resurrección**.

En nuestro mundo, hay drama: refugiados, desahuciados, víctimas de la explotación, personas sin trabajo, ancianos abandonados, explotación de seres humanos, niños sin educación y un largo etcétera. Ellos son la prolongación del Vía Crucis. Mientras lo rezamos, preguntémonos: *¿dónde nos situamos nosotros?*



El sepulcro de Cristo

PEDRO LÓPEZ

Hace un tiempo dio la vuelta al mundo la noticia de la apertura del sepulcro de Cristo. Las imágenes que ofrecieron los medios de comunicación y los testimonios de los que estuvieron presentes han sido muy impactantes. En realidad más que de apertura del sepulcro de Cristo tenemos que hablar del levantamiento de la losa que cubre el banco de piedra donde fue colocado el cuerpo de Jesús de Nazaret.

Los ingenieros, los arqueólogos y los religiosos ortodoxos y católicos que estaban presentes nos han informado de que al levantar la losa actual rojiza y limpiar la zona, apareció otra losa del siglo XII en la que hay grabada una cruz; al limpiarla vieron que esta losa de la época cruzada estaba rota y dejaba ver el banco de piedra original del siglo I en el que reposó y resucitó el Señor.

Si ya es conmovedor estar en el lugar de la sepultura y resurrección de Cristo y besar la losa superior, podemos imaginar qué sintieron aquellos que vieron el banco original del sepulcro.

Esta noticia y este descubrimiento, junto con la visita a enterramientos de Jerusalén, me han hecho conocer mejor cómo fue el entierro de Jesús y qué pasó el primer día de la semana.

En el siglo I había en Jerusalén, entre otros muchos enterramientos, sepulcros familiares. Estos eran excavados en pequeñas colinas o en canteras abandonadas, este es el caso del calvario y del sepulcro de José de Arimatea donde se colocó el cuerpo de Jesús. La zona del calvario era una cantera abandonada en la que los romanos crucificaban. Además en toda esa zona existen tumbas junto con jardines y huertos.

Sabemos que en el siglo I (incluso en la actualidad y en todo el Oriente Medio) el difunto es lavado y perfumado, envuelto en una sábana y un sudario. Si es enterrado en una tumba familiar, es conducido hasta ésta y dejado reposar en un banco de piedra, después es colocado en un nicho; el entierro finaliza cuando el nicho es tapiado. Esto era lo que se tenía que hacer con el cadáver de Cristo.

José de Arimatea y Nicodemo, junto con las mujeres, no tenían tiempo de realizar adecuadamente el entierro de Jesús pues al atardecer empezaba el sá-

bado, día de reposo, que, además, coincidía con la Pascua judía. Por eso sólo pudieron envolver su cuerpo en una sábana, ponerle el sudario, trasladarlo hasta la tumba de José de Arimatea y colocarlo en el banco de piedra con la intención de concluir el entierro al pasar el sábado (lavarlo, perfumarlo, colocarlo en el nicho y tapiarlo).

Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, el domingo, las mujeres fueron al sepulcro con el fin de terminar de enterrar el cuerpo de Jesús. Es posible que también José de Arimatea y Nicodemo estuviesen en camino con el fin de concluir el rito fúnebre. Las mujeres quedaron sorprendidas al ver que la piedra que cerraba la tumba estaba retirada, pero quedaron estupefactas al entrar y ver que el cuerpo de Jesús ya no estaba en el banco de piedra donde lo habían dejado; sólo vieron el sudario y la sábana.

Ciertamente la tumba vacía no es motivo suficiente para que las mujeres y los demás discípulos

creyeran en la resurrección de Jesús de Nazaret; para poder creerlo se les tuvo que aparecer vivo y vencedor de la muerte; y esto es lo que narran los evangelios.

Jesús resucitó antes de que se concluyese su entierro. Si su cadáver hubiese estado en el sepulcro habría sido lavado, perfumado y colocado en el nicho... pero su cuerpo ya no estaba allí. La resurrección fue algo que afectó en primer lugar al cuerpo de Jesús. Si no hubiese afectado a su cuerpo nadie hubiese creído en su resurrección, simplemente habrían terminado de enterrarlo como enterraban los judíos del siglo I en una tumba familiar.



GESTO DE CUARESMA

Cuida la Naturaleza

El estilo de vida, el modelo de producción y de consumo que tenemos ha provocado tal cantidad de contaminación y destrucción medioambiental, que la vida está seriamente amenazada en nuestro planeta. Mientras los gobernantes toman en serio este problema, hacen falta personas convencidas y comprometidas en cambiar su estilo de vida consumista y reducir la contaminación que producen.

Por eso, esta semana te proponemos que prestes atención en no malgastar agua, luz, reciclar tus basuras, usar el transporte público o sostenible, como la bicicleta, y que cuando compres, mires que los productos no lleven embalajes innecesarios que generan más basuras.

Acércate a la Naturaleza, contribuye con tu forma de vida, al cuidado de la Madre Naturaleza y conciencia a otros sobre el cuidado de la misma.



LA PALABRA

1ª: Ez. 37,12-14 | Salmo: 129

2ª: Rom. 8,8-11 | Evangelio: Jn. 11,3-7.17.20-27.33b-45

2

dom

Via Crucis Diocesano al Santuario de Cortes
16:30 h.

Don que Jesús hará de sí mismo

La aldea de Betania está situada en la vertiente oriental del monte de los olivos, a unos tres kilómetros al este de Jerusalén. Para una existencia tan movida como la de Jesús Betania era un oasis de paz, el lugar donde encontraban reposo su cuerpo y su alma. El evangelista Juan no tiene reparo en mostrarnos una faceta de Jesús tan humana como la amistad: “*Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro*”. En la casa de estos hermanos Jesús se sentía como en su propia casa.

Las hermanas le han enviado a Jesús un recado: “*Señor, tu amigo, al que amas, está enfermo*”. ¿No os parece que el recado podría convertirse en una hermosa oración cuaresmal? ¿Quién de nosotros no está enfermo, no lleva heridas en el alma que necesitan ser sanadas por la gracia de Dios?

La resurrección de Lázaro va a ser el último “*signo*” que Jesús va a ofrecer a los judíos en ese proceso que ha venido abrir entre la luz y las tinieblas, como veíamos el domingo pasado. Justamente después de este signo comienza en san Juan la Pasión. Los fariseos, en vez de abrirse a la luz, se cierran más y más, hasta decidir eliminar a Jesús.

Al encaminarse a Betania para salvar a su amigo Lázaro, Jesús va al encuentro de su propia muerte. Es muy significativo que Jesús, a pesar de la amistad, retrase voluntariamente la ida. “*Cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar en que se encontraba*” Él nunca se deja conducir solamente por los sentimientos, sino por la voluntad del Padre.

Ha esperado a que Lázaro muera. Él, que bebería también el cáliz amargo de la muerte, no ha venido para ahorrarnos el sufrimiento y la muerte, sino para transmutarlos por su resurrección: “*Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis*”. En el contexto del evangelio de Juan, el milagro va a ser signo del don que Jesús hará de sí mismo en la cruz y de su victoria sobre la muerte.

Marta, la hermana, le reprocha el retraso: “*Si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano*”. Es una queja bien humana. También en nuestra vida tenemos la sensación de que Jesús llega tarde. Cuántas veces hemos recurrido a él en situaciones graves, y cuántas veces hemos experimentado su retraso o su no llegada. ¿Por qué no interviene? ¿Por qué no viene con más presteza a sanar lo que en nosotros está enfermo?

¿Quién no se ha encontrado alguna vez en la misma situación de ánimo que las hermanas de Lázaro, viviendo el silencio aplastante de no escuchar la palabra sanadora de Jesús? Es explicable que broten interrogantes que son quejas: ¿Dónde está Dios, dónde el Jesús de la ternura y de la misericordia entrañable, dónde el amigo que se interesa por nosotros? Es como si hubiera vuelto a quedarse en la otra parte del Jordán, donde parece que se encontraba cuando recibió el recado; a la otra parte

del río de nuestra vida, de nuestras dudas, de nuestras soledades o de nuestros temores...

Es verdad también que hay personas para quienes la ausencia de Jesús no significa nada, no lo viven con desasosiego. La vida sigue como si Jesús no debiera venir. No se le espera. Cualquier cosa, cualquier diversión, cualquier programa de televisión puede resultar más interesante que esperar o buscar en una Cuaresma la presencia amiga de Jesús.

Pero todavía podemos alargar nuestra perspectiva y pensar en la situación mundial. Una buena parte de la humanidad vive en situaciones de pobreza severa, de hambre o de guerra tales que hacen pensar que Jesús se ha olvidado de este mundo y de sus enfermedades. Para muchos hombres, mujeres y niños de nuestro planeta los dos días de retraso de Jesús parecen durar toda la vida. Incluso los no creyentes apelan con frecuencia a este argumento para justificar su dificultad para creer. “Si Dios existe —dicen— por qué permite que millones de niños mueran de hambre cada año, por qué no acude rápido a curar la enfermedad de la pobreza que aflige a tantos Lázaros privados de dignidad?”

“*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí aunque haya muerto vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre*”. Así le dijo a la hermana que se quejaba, y así nos dice a nosotros. La resurrección de Lázaro es como el signo que acredita esta afirmación.

Jesús no convirtió las piedras en pan, ni se lanzó desde el alero del templo para impresionar a sus contemporáneos, como le pedía el Tentador. Asumió nuestra menesterosi-

“

¿Quién no se ha encontrado en la situación de vivir el silencio de no escuchar la palabra sanadora de Jesús?

dad, nuestra pobreza y nuestra impotencia, el hambre y la sed, nuestras cruces y nuestra muerte, porque sólo compartiendo y compadeciéndose se revela el amor. Por amor fue hasta la muerte. Si acogiéramos su testamento de amor ¿no cambiaríamos el mundo? Porque ahora es nuestra la responsabilidad. No somos marionetas irresponsables, movidas por dedos invisibles. Los silencios de Dios suelen ser los espacios de nuestra responsabilidad. Pero en cualquier caso, tengamos la seguridad de que a la hora de la verdad, aunque nosotros no hubiéramos colaborado, Él estará ahí para dar Vida y dignidad eternas a todos los Lázaros.

+ *José María Benavente*

MONS. GIRIACO BENAVENTE
Obispo de Albacete



Atenas y Corinto

Dos lenguajes diferentes para una misma misión



ANTONIO CARRASCOSA

Seguro que en estos dos años de Misión Diocesana acudiremos más de una vez al testimonio del misionero por excelencia en los primeros años de la Iglesia: San Pablo. Su especial ardor, su incansable predicación, esa tenacidad a la hora de estar presente en ambientes paganos y el indudable amor a sus comunidades serán siempre un referente privilegiado para la Iglesia. Gracias a sus propias cartas y al testimonio del libro de los Hechos de los Apóstoles podemos acercarnos a la entraña de su actividad misionera.

En ellos resalta la impresionante versatilidad del Apóstol a la hora de plantear sus estrategias. En efecto, Pablo, al contrario de lo que cabría deducir de su fuerte carácter, no fue un hombre monolítico, de respuestas prefabricadas y aplicadas a todos por igual, sino que logró mostrar el rostro salvador de Cristo adaptándolo a su auditorio. Sus escritos y discursos están dirigidos a cristianos de muy diversas circunstancias. Unos provenientes del paganismo; otros del judaísmo. En ocasiones habló a creyentes muy firmes y ejemplares en su fe; pero otras se dirigió a cristianos dubitativos y con nostalgias de lo antiguo. Escribió a comunidades que gozaban de paz y estabilidad; también a otras en las que las guerras internas o las persecuciones de las autoridades civiles amenazaban el cristianismo naciente.

Entre esos contrastes, sorprende particularmente la enorme distancia entre el Pablo que predica a los paganos y el que se dirige a sus propias comunidades. Encontramos dos ejemplos muy significativos de ambas posturas: por un lado el discurso en el Areópago de Atenas (Hch 17, 16-33), dirigido a paganos que adoraban varios dioses, y en el otro extremo las amonestaciones que hace el Apóstol a su comunidad de Corinto (1 y 2 Cor). Atenas y Corinto

pueden ser la doble imagen de un discurso eclesial que debe saber dirigirse hacia fuera y hacia dentro, que tiene que construir un diálogo con la cultura ajena al cristianismo y que para ello ha de saber diferenciar su manera de hablar.

En la conciencia de Pablo, el Dios único que ha actuado en Jesucristo es la única salvación posible para el ser humano. Desde esta convicción amonesta y condena sin paliativos la relajación moral de los corintios, sus divisiones, su altanería, etc. Pero a la vez, esa misma fe le lleva a comenzar su discurso en Atenas tendiendo la mano, valorando la religiosidad de su auditorio: “Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad” (Hch 17, 22b). Pablo ha sabido meterse de lleno, atravesar, contemplar las estatuas de los dioses griegos —que le provocarían poco menos que repugnancia— antes de empezar a hablar. El apóstol de los gentiles es consciente de que necesita una pedagogía, un camino, un recorrido que no siempre va en esa línea recta y sin contemplaciones que utiliza para los corintios. Para mostrar la salvación de Cristo, la única posible, es consciente de que los atenienses requieren un proceso paciente en el que no puede exigir desde el primer momento la confesión que exige para los creyentes de sus comunidades. Ese camino necesita un punto de partida aceptable por su auditorio, un lugar de encuentro y de diálogo, de escucha y de propuesta. Estamos ante la pedagogía del auténtico misionero, lo que lo diferencia de ese integrista religioso,

tan peligroso como estéril de cara a la evangelización.

En una genialidad sin precedentes Pablo va a encontrar ese punto de encuentro: el monumento al Dios desconocido, “aquel que adoráis sin conocer” (Hch 17, 23). Desde ese cruce de caminos elabora todo su discurso en el que invita a profundizar sobre lo divino y su relación con el hombre. No viene de más caer en la cuenta que bajo ningún concepto aceptaría Pablo que un cristiano de Corinto o de cualquiera de sus comunidades adorase a Dios en un altar pagano, ni siquiera en el del “Dios desconocido”. ¿Supone ello una contradicción o una estrategia mentirosa por parte de Pablo? Ni mucho menos. Son propuestas diferenciadas que brotan de una misma fe, pero que invitan a la conversión teniendo en cuenta a quién van dirigidas.

Si la Iglesia quiere ser misionera, y la nuestra ciertamente se la ha propuesto como objetivo de estos dos años, no le queda otro camino que aprender de Pablo a construir lenguajes y actitudes capaces de llegar al mundo ajeno a nuestra fe. Eso supone, como bien sabía el Apóstol, conocer y valorar profundamente muchos elementos de nuestra cultura ante los que demasiadas veces nos salen palabras de condena. Nos toca sondear puntos de encuentro, de diálogo, de colaboración y profundización que hasta ahora nos han podido parecer inaceptables. Y en esos cruces de caminos, en esos “dioses desconocidos” que tienen hombres

“

Si la iglesia quiere ser misionera, no le queda otro camino que aprender de Pablo a construir lenguajes y actitudes capaces de llegar al mundo ajeno a nuestra fe

y mujeres ajenos a nuestra fe, hacer dos cosas. La primera, escuchar con honrada y humildad. Y sólo así, poder hacer la segunda: exponer nuestra fe con valentía.

Desde luego, siempre será más cómodo hablar como hemos hablado siempre y lanzar ese discurso a los cuatro vientos. Pero eso no es misión. La misión supone el riesgo de adentrarnos en lo desconocido y hablar con un lenguaje y con unas propuestas coherentes en ese terreno. ¿Seremos tan valientes como Pablo para hacerlo?